

EL ORDEN MUNDIAL

La Sociología de la Guerra y de la Organización Internacional

Por Joseph S. ROUCEK, de la Universidad de Bridgeport. Traducción del inglés de Angela Müller Montiel.

CUALES han sido las causas principales de la Segunda Guerra Mundial y de la serie de “pequeñas guerras” que desde entonces se han seguido librando a pesar de las sinceras oraciones de millones de personas porque haya paz?

La búsqueda de una respuesta razonable y generalmente definitiva, es y será una de las principales preocupaciones de la humanidad. Se han hecho estudios, se han escrito libros y hay bibliotecas llenas en las que, viendo las cosas desde uno u otro punto de vista, se trata de determinar cuáles son las causas por las cuales los hombres siguen asesinandose entre sí.¹

Probablemente los métodos más populares y tradicionales hayan sido los consistentes en considerar la guerra desde el punto de vista del historiador, o como un problema ético.² Por ejemplo, algunos escritores católicos precisaron el concepto de la guerra “justa”, mientras que el

1 Véase, L. L. Bernard, *War and Its Causes* (New York, 1944). Parte II. “The Causes of War”, 201-440, resume la mayoría de las teorías recientes, véase también Quincy Wright, *A Study of War*, University of Chicago Press (Chicago, 1942) 18-19, 717-30, 1284-85, 1286-87, 1291-94 y ss., y sus extensas referencias bibliográficas.

2 Grayson Kirk and R. P. Stebbins, *War and National Policy, A Syllabus* (New York: Farrar & Rinehart, 1942), pp. 17-21, y las bibliografías que ahí se citan.

protestantismo conservador insistía sobre la importancia de la naturaleza "pecaminosa" del hombre.³

El concepto legalista. El legalista, por otra parte ha tratado de definir las circunstancias bajo las cuales es legal recurrir a la guerra y cuáles son las actividades que pueden considerarse legítimas en tiempo de guerra. En los últimos años especialmente se han hecho esfuerzos para colocar a la guerra fuera de la ley, y para definirla estableciendo el acto de agresión. (El Tratado de Asistencia Mutua de 1925, el Protocolo de Ginebra de 1924, y el Pacto Briand Kellogg de 1928.)

Conceptos filosóficos. Según Maquiavelo y Hobbes, la guerra se encuentra implícita en la naturaleza del hombre y de la sociedad.⁴ Hegel creía que la guerra es un instrumento dentro de un plan histórico universal.⁵ Henry von Treitschke, expuso teorías referentes al poder del Estado que han sido de una gran importancia debido a su aceptación por los agresores de años recientes.⁶ Para él, el Estado es un fin en sí mismo y su valor radica en su fuerza de unidad y potencia nacional "El poder, es, al mismo tiempo, el derecho supremo, y la disputa acerca de que lo que es justo se decide en el arbitraje de la guerra."

Conceptos científicos acerca de la guerra. Durante el siglo XIX, se dio más importancia a la discusión sobre la guerra, y se buscó la justificación de la misma, siguiendo líneas de argumentación científicas. Se introdujeron diversas doctrinas que predicaban que el progreso social en general por encima de cualquier nación o raza en particular se lograba mejor a través de la guerra.

3 Obras de F. W. Coker, *Recent Political Thought New York*. The Century Co., 1924) F. M. Russell, *Theories of International Relations*, New York, 1936, y W. Langer, *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*, New York, 1936, revisan todas las teorías sobre la guerra en una forma muy conveniente. Coler y Langer se ocupan especialmente de los conceptos socialistas y científicos. Clyde Eagleton, "The Attempt to Define War", *International Conciliation* N° 291, junio 1933, pp. 235-287 y Joachim von Elbe, "The Evolution of the concept of the Just War in International Law" *American Journal of International Law*. xxxiii, octubre 1939, pp. 665-88. Constituyen valiosos estudios de los temas cubiertos por estos títulos.

4 Nicola Machiavelli, *Discourses*, II, 2. Thomas Hobbes, *Leviathan*, cap. 13.

5 William Wallace y J. B. Baillie, "Hegelian Philosophy", *Enciclopedia Británica*. 14 a. Ed. xi, 382.

6. Henry von Treitschke, *Politics*. New York, 1916.

El principio de la selección natural se aplicó a la lucha de las naciones, por analogía con la lucha de los individuos y de las especies. Esta analogía aplicada artificialmente se menciona a menudo como la teoría neodarwiniana del conflicto lucha social.⁷ Dicha doctrina queda implícita en la de las diferencias raciales y en el supuesto de que la guerra es factor necesario para el nacimiento y preservación del Estado y de la sociedad.

Concepción socialista. Durante los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, las guerras se atribuían de un modo general, a causas económicas; se habló mucho de naciones que lo poseían todo frente a otras que nada tenían, dejándose oír el grito de ¡espacio vital! dado por Hitler y por Mussolini.⁸ Pero, otros descubrieron que las guerras no producían ganancia y que, por lo tanto, no deberían emprenderse.⁹

Aunque no existe una bien definida doctrina socialista de la guerra se ha hablado mucho acerca de la conexión que hay entre guerra y lucha de clases y se han condenado los resultados de las guerras modernas, resultado del imperialismo. Es cierto que hay grupos u organizaciones particulares que pueden lograr ventajas económicas gracias a la guerra vendiendo material bélico, asegurando ascensos en la milicia y cobrando por los servicios bélicos, pero no resulta muy claro hasta qué punto estos dichos motivos económicos se pueden encontrar mezclados con todos los demás elementos que provocan la guerra.¹⁰ La teoría marxista, tal y como la interpretó Lenin, alega que la guerra imperialista es el resultado de una presión constante que busca la expansión colonial, comercial y financiera de los capitalistas, debido a la decadencia del mercado interno y al aumento de la capacidad productiva del sistema capitalista; pero la evidencia histórica demuestra que los capitalistas frecuentemente han sido instrumentos involuntarios de un im-

7 George F. Nikolai, *The Biology of War* (New York, 1918); G. W. Nasmyth, *Social Progress and the Darwinian Theory* (New York, 1916); J. B. Rumney, "War and Biology", *Journal of Social Philosophy*, IV (July, 1939); Jacques Barzun, *Darwin, Marx, Wagner* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1941).

8 Joseph S. Roucek, "Illusions and Factions of International Relations", *The Social Studies*, xxxvi (December, 1945), 335-39, xxxvii (January, 1946), 9-16.

9 Para una brillante crítica de la obra de Norman Angell, *The Great Illusion* (1909), véase E. A. Carr, *The Twenty years Crisis*, New York, 1940).

10 Quincy Wright, *A Study of War*, I, 281-85.

perialismo movido políticamente, más que los ocultos promotores del expansionismo diplomático o militar.¹¹

Sin embargo, la teoría soviética dominante subraya los horrores del imperialismo y alega que la única solución para el ciclo de guerras siempre en aumento no puede ser sino la dictadura del proletariado sobre la burguesía: un gobierno que goce de la simpatía y del apoyo de las masas laborantes y explotadas.¹²

No obstante, es justo admitir que un grupo considerable de pensadores socialistas son decididamente antimilitaristas, que ha llegado a fomentar la idea de que debe recurrirse incluso a la huelga general para impedir la guerra, y que solamente está justificada la defensa nacional.¹³

Teorías nazis y fascistas.—Bernard alega que “las guerras que ideológicamente son sancionadas con mayor frecuencia, son actualmente, las políticas, libradas ostensiblemente en defensa de una clase, de una filosofía política, de un programa social o de una filosofía económica popular.¹⁴ A este respecto, los movimientos que llevaron al poder al fascismo en Italia y al nazismo en Alemania, muestran la gran fuerza social que puede tener una ideología bélica. De hecho, la política de las dos décadas comprendidas entre la primera y la segunda guerras, se caracterizó por el conflicto entre la ideología democrática y las ideologías nazi-fascista y comunista (conflicto que se asemeja a las sangrientas luchas entre el catolicismo y el protestantismo en el siglo XIX). Sin discutir las diversas partes que componen estas ideologías, vemos que favorecían el rearme, la violencia, la soberanía ilimitada de la nación y la creación de un partido cuidadosamente organizado y seleccionado tanto como órgano supremo de gobierno, lo mismo que como instrumento de una dictadura interna y de una conspiración internacional.

Las actividades de estos Estados totalitarios obligaron, a su vez, a las democracias a convertirse en Estados militaristas o semimilitaristas y a establecer muchas normas de control sobre la vida económica y

11 Eugene Staley, *War and the Private Investor* (New York: Council on Foreign Relations, 1935).

12 Joseph Stalin, *Foundations of Leninism* (New York: International Publishers, 1939), 53.

13 Para un buen resumen, véase: H. W. Laidler, *A History of Socialist Thought*. New York, Thomas Y. Crowell, 1927.

14 L. L. Bernard, *Op. cit.*, 55.

social para fomentar la vida civil, y para poner, en general, a su economía sobre una base defensiva.

Teorías política y geográfica.—En las teorías geográficas y políticas sobre la guerra se da principal importancia al Estado y a las tendencias del mismo a extenderse y crecer. Aunque no siempre resulte muy visible, todos los planes geopolíticos, se fundan en la teoría política de la guerra como premisa principal: en la suposición de que el sistema de autarquía, el espacio vital, las pan-regiones, etc., pueden conducir al dominio del mundo y a las soluciones de los problemas nacionales particulares.¹⁵

Teorías psicológicas.—Lo mismo que todos los pensadores que se han preocupado del eterno problema de la guerra, el psicólogo no ha dejado de aportar su contribución a las numerosas teorías existentes, subrayando la importancia de la disposición agresiva del individuo. La insistencia sobre la importancia de los impulsos fundamentales de agresión, frustración, condiciones psicopatológicas, neurosis nacional, desplazamiento, etc., no es sino una teoría que encerrada en una cáscara de nuez, expresa que la lucha es una tendencia fundamental en los seres humanos y que la naturaleza humana hará que los hombres luchen siempre entre sí.¹⁶

Aspectos sociológicos de la guerra.—Si sintetizamos estas numerosas teorías sobre la guerra, además de los innumerables estudios sobre las guerras pasadas, podremos resumirlos, en términos generales, en tres categorías: 1) las filosofías que presentan los problemas morales de la guerra; 2) los estudios legales y 3) los estudios sociales que tratan de estudiar, de la manera más empírica posible, las diversas causas de la guerra. La mayor parte de los estudiosos tienden a conceder demasiada importancia a los factores relacionados con su ciencia o método particular, ya sea la psicología, la sociología, la economía, la política, la geografía, o la antropología, y puesto que nosotros nos preocupamos principalmente de los aspectos sociológicos del problema, debemos hacer notar, desde luego, que las guerras son producidas por una gran multiplicidad de causas, o, para decirlo con mayor propiedad, de condiciones, más que por una causa específica; además, toda guerra puede estudiarse

15 Para un sumario, véase Joseph S. Roucek, "Political Geography and Geopolitics", cap. xv, pp. 313-336. En Joseph S. Roucek. Ed. *Twentieth Century Political Thought*. (New York Philosophical Library, 1946) y la bibliografía citada ahí.

16 Véase L. L. Bernard, *op. cit.*, cap. 13. "The Psychological Causes of War."

con provecho, si se concibe en términos de los desajustes especiales que parecen amenazar con el colapso a una determinada sociedad.

Además, resulta particularmente necesario evitar una discusión del problema de la guerra en términos de juicios o postulados legalistas. Así, de acuerdo con la particular terminología estadounidense, no podemos decidir si estábamos en guerra con Hitler entre 1939 y Pearl Harbor, debido a que, según nuestro razonamiento constitucional y legalista, las guerras tienen que declararse y tanto Japón como Alemania, estaban librando ya una guerra sin declaración. Después nos confundimos más con los términos de la Ley de Neutralidad Americana, aunque el presidente Roosevelt ordenó que se disparara sobre los submarinos nazis “a la vista”; pero aún quedamos más confusos cuando nos enfrentamos no a los aspectos legales de la guerra, sino a los psicológicos, morales y económicos. Esta confusión ha nublado la mente del público estadounidense. En 1946, los aviones yugoeslavos de Tito, dispararon deliberadamente sobre aviones estadounidenses, no obstante estar en paz, ambas naciones. La URSS ha estado librando en contra de los EE. UU. una guerra no declarada, llegando —a veces— hasta disparar sobre los soldados americanos y sin embargo, legalmente ambas son Naciones Unidas, que están en paz entre sí.¹⁷

La guerra como institución humana.—La guerra, es ante todo, una institución social; no un fin en sí (como la familia, la industria, el Estado o la religión); básicamente predatoria, lleva a la destrucción y al daño de los extraños, lo mismo que —aunque en escala más limitada— de los que están dentro de la institución. Emplea la violencia, el fraude, la intimidación, la destrucción, y de hecho, todos los medios disponibles dentro de la cultura actual, para lograr sus propósitos. Bernard la define como un “conflicto organizado, continuo, de carácter transitorio entre colectividades de cualquier clase capaces de armarse y de organizarse para la lucha violenta y librada por los ejércitos sobre el terreno o por las unidades navales en el mar, y apoyada por las poblaciones civiles o incompletamente militarizadas que se encuentran

17 Actualmente estamos pasando a través de una serie de guerras no declaradas, utilizando caballos de Troya, espías, traidores, quintas columnas, espionaje y medios de guerra económicos y psicológicos, aunque estos métodos no se encuentren clasificados en la ley internacional como actos de guerra. Para su descripción véase. William J. Donovan & Joseph S. Rousek, “Secret Movements, Espionage and Treachery”, cap. 17, pp. 308-330, en T. v. Kalijarvi, Ed., *Modern World Politics* (New York. Thomas y Crowell, 3ª ed., 1953).

dentro de las zonas de combate; conflicto encaminado a la persecución de un objetivo bien definido y público o casi público".¹⁸

Para nuestros propósitos aceptaremos esta definición.¹⁹ Estamos dispuestos a reconocer que la guerra es una forma de conflicto interno de grupo, altamente organizado, que surge del carácter mismo de los grupos comprometidos en él. Generalmente, es la culminación de una prolongada tensión anterior entre los grupos comprendidos, que casi siempre son Estados.²⁰

La guerra como un fenómeno de transición.—Cuando se analiza la guerra sociológicamente, debemos recordar que (según indicó ya Comte), la transición de un orden social a otro, ha ido siempre acompañada por períodos definidos de inquietud, una especie de *interregnum* de anarquía que puede extenderse a varias generaciones.²¹ Nadie que viva actualmente puede dejar de darse cuenta de que atravesamos una de las mayores crisis de la historia. La tan anunciada revolución mundial se nos ha venido encima.²²

18 L. L. Bernard, *op. cit.*, 28.

19 Hasta una definición tan amplia como la de Bernard ha sido debilitada por las recientes tendencias en el campo de la guerra social. Por ejemplo las colectividades que Bernard considera organizadas "para la lucha violenta librada por los ejércitos sobre el campo de batalla", han sido extendidas por adición, a los pequeños grupos organizados que se encargan de la guerra subterránea y a los grupos organizados para la guerra psicológica.

20 Debemos hacer notar también que la guerra civil debe incluirse en cualquier estudio realista de la guerra: por ejemplo, la Guerra Civil Española, es considerada actualmente como un prelude de la Segunda Guerra Mundial. "La distinción entre guerra civil y guerra extranjera es sólo un caso especial del fenómeno general de los conflictos internos de grupo que los antropólogos han encontrado que se repiten siempre en las sociedades primitivas junto con los conflictos externos de grupo" afirma Carl Friedrich, *War*, Washington D. C. National Education Association, 1943, 11.

21 Esta tesis ha sido desarrollada brillantemente por Pitirim A. Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, New York: American Book Co., 4 vols., 1937-1941.

22 George S. Pettee, "The World Revolution", *Social Science*, xv (October, 1940), 356-68; Herman Rauschnig, *The Revolution of Nihilism* (New York: Alliance Book Corp., 1939); Hans Ernest Fried, "German Militarism; Substitute for Revolution", *Political Science Quarterly*, LVIII (December, 1945), 481-513; Harold J. Laski, *Faith, Reason and Civilization* (New York: Viking, 1944); H. G. Wells, *The Fate of Man* (New York: Alliance Book Corp., 1939); Nicolas Berdyaev, *The Destiny of Man* (New York: Charles Scribner's Sons, 1937); Lewis Mumford, *The Condition of Man* (New York: Harcourt, Brace, 1944); etc.

Esta revolución es una reconstrucción del orden político de Europa, y, consecuentemente, de Asia y de Africa.

Como sucede siempre en los casos en que se prueba que la revolución es el método necesario de cambio, el antiguo sistema político y social del mundo resultó muy inadecuado para el futuro desarrollo de la vida económica y social. La demostración de este defecto pasó por todas las fases prerrevolucionarias de costumbre: desperdicio creciente y contradicción, aumento en los celos y dificultades internacionales, y finalmente, un esfuerzo general para lograr la reforma sin sacrificio, el cual fracasa por la debilidad política. En este caso, las contradicciones se manifestaron como una creencia en mitos y en cuentos de hadas que ya hemos descrito, en la insistencia sobre la soberanía nacional, en la incapacidad de los gobiernos, para remediar los males de su propia economía, y en una serie de guerras. El movimiento de reforma que trató de salvar a Europa (como Necker trató de salvar a Francia antes de 1789, y Stolypin trató de salvar a Rusia después de 1905) fue el movimiento internacional en pro de la cooperación. Su fracaso, visto a la luz que ahora se ha arrojado sobre el período comprendido entre las dos guerras, muestra cómo Europa tropezó ciegamente en todo su período prerrevolucionario. Sin embargo, nadie estaba preparado en consciencia para la revolución en Europa, disfrazada de guerra internacional.

Guerra de lemas y conceptos.—Hablando sociológicamente ¿cuáles son los elementos básicos de esta crisis guerrera? Con el concepto de “crisis” indicamos el deterioro de las funciones elementales. Necesitamos percatarnos de que la sociedad no es estática, sino que es un proceso, un complejo sistema de funciones coordinadas, dirigidas al cumplimiento de ciertas tareas asignadas en parte por las relaciones de dicha sociedad con otros grupos sociales y en parte por las relaciones que se refieren principalmente a sus procesos internos. Desde luego que hablamos aquí de la sociedad no como unidad totalitaria, sino como aglomeración de individuos, sociedades concretas, unidas por la combinación de fuerza e ideologías, que es lo que forma los Estados. Estos Estados siempre han tenido conflictos organizados entre sí. El resultado ha sido que toda la historia es, en realidad, una sucesión de períodos de anarquía, en que los Estados han luchado constantemente por valores que nunca están fijos.

La soberanía y el orden mundial cambiante.—La soberanía es el poder supremo del Estado sobre su territorio. De acuerdo con esta de-

finición, unas setenta organizaciones políticas del mundo contemporáneo, reclaman la soberanía; son las autoridades que negocian tratados, se someten o se niegan a someterse a las negociaciones en las disputas internacionales, inician o concluyen guerras y aplican las leyes. Sin discutir las ramificaciones del poder soberano, queda el hecho de que el poder de hacer la guerra está directamente asociado con la soberanía, y como se nos dice frecuentemente, aunque la época de la soberanía nacional absoluta esté pasando, debido a los modernos medios de comunicación que han hecho que disminuya, en realidad los Estados, en la política mundial contemporánea, se muestran más renuentes que nunca a renunciar a su soberanía. Por otra parte, la masa del pueblo en la mayoría de las naciones, considera la guerra con horror, aun cuando se opone, o dice que se opone, a cualquier concesión en la soberanía nacional. Quienes favorecen un fuerte gobierno internacional, con poder militar, aborrecen la guerra y están dispuestos a modificar la soberanía nacional, mientras que otros toman el punto de vista opuesto en lo referente a la soberanía nacional.

¿Cuál es el origen de este conflicto de valores?

La guerra de ideologías.—La respuesta puede encontrarse, por lo menos, en parte, en la actitud hostil que surge cuando dos o más sociedades, con diferentes sistemas de valores, entran en contacto directo y duradero.²³

Esto resulta evidente en el caso de las relaciones entre la URSS y los EE. UU.; aquí parece existir el abismo más profundo e irreconciliable, que produce una “guerra de ideas”. En los años anteriores, las batallas de propaganda de un Goebbels, no eran nada más dialéctica inflada: Desde el asesinato del canciller Dolfuss dirigido desde Berlín hasta los últimos días de la segunda guerra, hubo un estado de guerra; que sólo terminó con la desaparición de la Alemania nazi del mapa de Europa. La batalla se inauguró con un asalto de propaganda internacional. El “armamento mental” usado primero para defender a Alemania—que no tenía defensa militar después de la primera guerra—tomó después características de ofensiva de gangster más allá del Danubio, y eventualmente, contra todo el mundo. El Reich hitleriano y la Rusia stalinista, representan el ejemplo más claro de la conexión entre la ba-

23 Para una generalización sobre este punto véase Pitirim A. Sorokin, “The Cause and Factors of War and Peace”, *The Annual Report of the American Historical Association*, III, 1944, 83-95.

talla ideológica y la violencia internacional, porque produjeron al final del camino los resultados devastadores.²⁴

El concepto cambiante de la política.—Esta batalla de diferencias ideológicas puede ser considerada también desde otro ángulo. Hay una diferencia básica entre las características de la política estadounidense y las que propone y practica la URSS. La función principal de la política en una democracia, consiste en su capacidad de síntesis, que sirve para igualar y ajustar, en útiles componendas todas las formas de actividad social. Pero, como todas las formas creadoras de la vida humana sufren una crisis, la política, no puede tampoco producir nada aceptable ni fijo, de ahí que se encuentre también en una etapa crítica. Las incertidumbres sociales que resultan de ahí producen regímenes que son todo menos pacíficos y que, fundamentalmente, están en guerra, lo que es un síntoma adicional de nuestra época crítica.

No es por accidente por lo que las dictaduras emplean un vocabulario militarista para describir las acciones que en los países libres consideramos como actividades pacíficas. Las democracias estimulan el cultivo del trigo por medio de tarifas de protección, pero los dictadores, “libran la batalla del trigo”; las democracias construyen fábricas de tractores, las dictaduras, arrojan a sus brigadas de choque “a las trincheras del frente de los tractores” El Estado autocrático está siempre de puntillas, vigilando al enemigo de adentro y de afuera de sus fronteras. La guerra que estos Estados libran constantemente es una *guerra civil*.

Sistema de guerra permanente de las autocracias.—Así pues, la autocracia moderna, es un sistema de guerra permanente ocupado de sus enemigos internos e internacionales. Este campo armado, por lo menos superficialmente, tiene unidad de propósito y eficiencia, lo mismo que la disciplina estricta del poder militar, aplicada a servir los propósitos de los dictadores, a fin de que puedan pescar en las lodosas crisis internacionales.

Aunque los partidarios de quienes han luchado por dominar al mundo han usado camisas de diferentes colores, sus armas han sido sacadas del mismo armario; sus doctrinas son variaciones del mismo tema, y siguen luchando, mientras cantan el mismo canto con palabras un poco diferentes. Sus armas son: la dirección impuesta y bélica de la vida y el trabajo de la humanidad; su doctrina presupone que el desorden y la miseria pueden vencerse con medidas guerreras; prometen que, al tra-

vés del poder bélico del Estado, los hombres pueden ser felices. Este militarismo de los procesos sociales es, al mismo tiempo, causa y efecto de nuestra desorganización social, inherente a la lucha de nuestros sistemas contemporáneos de autoridad para lograr la estabilidad interna, asemejándose a un estado de sitio y dotado de medidas políticas encaminadas a trastornar el orden establecido en todas partes. Estas contradicciones y paradojas indican que la guerra no es solamente un producto de los cambios superacelerados en nuestras instituciones sociales y, por lo tanto, resultado de causas sociales, sino también el resultado de la irracionalidad del hombre. El hombre moderno es, frecuentemente, un genio para tratar con el mundo físico y externo, pero con más frecuencia, un completo idiota para tratar consigo mismo y en sus relaciones con sus semejantes.

Ruptura del equilibrio social.—Nuestra crisis de guerra también puede atribuirse al trastorno en nuestro equilibrio social. El hombre no es solamente incapaz de determinar el sentido del impulso y el sentido de la dirección de las confuass, por innumerables, ideologías que están en conflicto entre sí y que lo afectan, sino también ha perdido esa cultura que exige un determinado equilibrio de valores materiales y espirituales, y ha perdido el sentido de obligación hacia algo que no sea él mismo. No nos referimos aquí a ninguna de las mezclas de superstición y culto de la propia persona, sobre las que descansan las dictaduras modernas, pero toda cultura debe tener sus fines en los valores espirituales. No empleamos la palabra “espiritual” como perversión política (llevar un ridículo bigotito con un ceño fruncido, seguir la orden de aplastar a los débiles e indefensos, hacer un credo de la ética de la jungla) sino lo superindividual, lo superracional, los valores humanos que frenaran las tendencias antisociales de nuestra época.

En el siglo XIX, los teóricos de la violencia, como Nietzsche y George Sorel, crearon entre cierto número de ideólogos un Estado mental hostil a todo lo que durante dos mil años, había constituido el ideal humano. En estas doctrinas de violencia, comunes a los extremistas tanto de la derecha como de la izquierda, es donde la guerra encuentra terreno fértil. Se encuentra relacionada con esto la suposición común de que el hombre es soberano en sus valores espirituales y puede negarse a aceptar cualquier ideología de la vida supernatural o divina. De ahí que no se le impongan ningunas reglas en sus guerras tribales con los demás y por eso el sistema de guerra se ha convertido en una finalidad en sí misma.

Crecimiento del poder del Estado.—Cuando se estudia esta tendencia desde el punto de vista del crecimiento en el poder del Estado, con el desarrollo paralelo en la aceleración del crecimiento de la lucha militar y desesperada, por el control del poder tanto dentro del Estado como internacionalmente, se llega a la conclusión de que en el sistema actual de valores sociales, la fase extrema de la política, o sea la guerra, ha adquirido un rango supremo y es el valor de todos los valores. En lugar de que el poder sea un instrumento para lograr todos los valores humanos (por vagos que estos sean), los valores humanos se han convertido en un instrumento para lograr el poder. Al hacer que todos los valores humanos queden al servicio del fin supremo del poder, todas las instituciones humanas han quedado subordinadas a la política de guerra. El Estado y la política se han convertido en los objetivos modernos.

La ideología del nacionalismo capitalista.—Conectada con esta tendencia, se encuentra la importancia ideológica concedida a la adquisición de bienes materiales como fuente de felicidad, de la clase tan bien definida por Lynd en *Middle Town in Transition*. Puesto que todo nuestro sistema económico se basa sobre la competencia y en la insistencia de que cualquier persona razonable puede luchar para tener un aumento constante en su consumo de la producción siempre creciente de artículos, podemos ver en esto, otro tipo de guerra, que penetra en todas las esferas de la vida internacional e interna y que está inseparablemente conectada con la estructura de nuestra moderna cultura.

Este tipo de “ideología comercial” se confunde con la mentalidad guerrera de los que creen en la creación de un mundo perfecto a través de la acción proletaria en que una nueva época de oro aparecerá para la humanidad, después del período de violencia necesaria, ya sea revolución o guerra.²⁵

A causa de estas ideologías particulares de clase o raza, los hombres se cortan el pescuezo, se asfixian y sufren voluntariamente los más horribles tormentos.

No podemos menos que llegar a una trágica conclusión; la guerra es tanto una causa como un resultado del estado transitorio de todas las normas de cultura que nos rodean.

25 Joseph Stalin, *Foundations of Leninism*. New York. International Publishers, 1939.

La ideología del cambio.—Relacionada con esto, se encuentra nuestra insistencia ideológica sobre que el ritmo continuamente acelerado de la vida diaria, que se ha acelerado aún más por el número creciente de invenciones, la rapidez con la que podemos disparar, saltar, viajar, oír y ver; siendo particularmente rápido el verdadero progreso. Esto, a su vez, trastorna los elementos más estables de nuestra cultura, los conceptos de la personalidad humana, las instituciones, las doctrinas, las jerarquías sociales.

Nos enorgullecemos de nuestro desprecio por lo que no cambia y admiramos todo lo que está en movimiento, todo lo que es cambiante.²⁶

Este movimiento, en su falta de solidaridad y en su incoherencia general explica, en parte, las guerras actuales. La guerra, es, por lo tanto, inherente a nuestra cultura y quedará así durante mucho tiempo. Es una de las penas que tiene que pagar el hombre por el tipo de cultura que ha creado y que tanto admira.

La línea de batalla de los negocios.—En el mundo económico se realiza otra clase de conflicto, pues el frente económico está caracterizado por un conflicto continuo. Aunque es cierto que la guerra interrumpe las libres comunicaciones y el comercio entre las naciones, también estamos familiarizados con el lema de que “el comercio sigue a la bandera” y de que los intereses comerciales han sido frecuentemente inducidos a aceptar una alianza con los intereses militares a fin de fomentar las ventas e industrias domésticas, cobrar las deudas de los recalcitrantes y de los pueblos retrasados, y arrojar a los comerciantes rivales que pertenecen a otras naciones.²⁷

Aunque los marxistas de cuya categoría debe excluirse a Marx, han concedido demasiada importancia al factor económico, insistiendo en que todas las guerras modernas se han debido a la existencia del capitalismo,²⁸ hay muchas ventajas que derivan para la economía a través

26 F. S. C. Northrop, *The Meeting of East and West*. (New York MacMillan Co., 1946), es un ambicioso esfuerzo para proporcionar base ideológica a la mezcla de las ideologías occidental y oriental.

27 Ver estudios del tipo de: Oxford University Institute of Statistics, *Studies in War Economics* (New York: The MacMillan Co., 1948); L. M. Fanning, *American Oil Operations Abroad* (New York: McGraw Hill Book Co., 1947); D. L. Gordon and R. J. Dangerfield, *The Hidden Weapon; The Story of Economic Warfare* (New York: Harper and Bros).

28 H. W. Laidler, *Social-Economic Movements* (New York: Thomas y Crowell, 1944), Part. II.

de la guerra. La ventaja más evidente consiste en saquear al vencido, pero también se han librado guerras para expeler a los ocupantes de una determinada área, de modo que ésta quede permanentemente ocupada por los vencedores y también hay ventajas que derivan de la posesión de zonas tan pobladas como Hong Kong o las islas Filipinas.²⁹

De gran importancia a este respecto es la capacidad de los ideólogos para canalizar ciertas ideas llevándolas hasta sus partidarios a través del razonamiento económico. Por ejemplo, además de los nazis que pretendían representar a una nación desposeída, los fascistas italianos y los imperialistas japoneses tenían pretensiones semejantes. Lo que los conductores de estos países querían en realidad eran imperios que poder explotar fácilmente para su beneficio exclusivo, justificando sus demandas también con el argumento de que la abundancia de recursos naturales era necesaria para la prosperidad y la felicidad.³⁰

Estas demandas territoriales iban unidas a peticiones de migración irrestricta, cuando, al mismo tiempo, estos Estados agravaban su condición fomentando las altas cifras de natalidad. De hecho, las naciones del Eje trataban de conquistar regiones en las que la presión demográfica era, en muchos casos, más alta que en las naciones desposeídas.

Acceso a los mercados y a las materias primas.—El argumento para un acceso igualitario a los mercados y a las materias primas es válido sólo hasta cierto punto: cuando Hitler dijo que “Alemania tenía que exportar o morir” en realidad presentaba la condición *sine qua non*, a que se enfrenta todo Estado. Puesto que no hay ningún país en el mundo que sea autosuficiente en cuanto a las materias primas básicas, todos los países, dedicados a la guerra económica, que se trasluce al través de hechos como el acaparamiento de materias por los ingleses y estadounidenses lo mismo que por las potencias del Eje, que se aseguraban este almacenamiento con el doble propósito de retirar esos productos del mercado donde el enemigo real o posible podría adquirirlos y tenerlos para sí. Las tarifas, los tratados comerciales, los acuerdos

29 La opinión de que los estados pueden obtener los productos de sus colonias sin pagar nada por ellos, es un mito; lo mismo se aplica a la aseveración de que tener colonias capacita a un Estado para recibir sus productos libres de impuestos, puesto que el Estado puede importar productos de las colonias sin impuestos, simplemente con eliminar sus propias barreras aduanales. Véase Joseph S. Roucek “Illusions and Fictions of International Relations”, *op. cit.*

30 Joseph S. Roucek, “Illusions and Fictions of International Relations”, *op. cit.*

de embarque y los carteles internacionales son solamente unas cuantas de las armas del siempre activo arsenal de la guerra económica, fortalecida en particular, por el poder industrial. Las potencias libran sus guerras comerciales por los mercados, y llevan a cabo las guerras de tarifas para tener preferencia en las oportunidades comerciales, al mismo tiempo que en las guerras monetarias buscan lograr el dominio financiero con el dólar, la libra o el yen. La autosuficiencia económica, promovida en la forma más completa por los Estados totalitarios como “autarquía”, no es otra cosa que una declaración de guerra en la moderna economía mundial.

Guerra diplomática y militar.—La guerra, debemos notarlo, no es más que una fase de los conflictos sociales que iluminan con detonaciones, la escena internacional en el momento trágico. Son intervalos periódicos en la lucha continua por el poder, de todos los Estados —todos con ideologías diferentes— que interpretan sus conceptos de “seguridad”, “bienestar” y “felicidad” para su pueblo. Las prácticas que surgen de estas diferencias ideológicas se conocen como “políticas del poder”. El poder en la política es —de acuerdo con Bertrand Russell— como la energía en la física, por cuanto es la fuerza motriz que penetra todo el organismo de la política.³¹

El Estado tiene el poder, activo o potencial, para penetrar y regular la vida social; este poder, depende de la aceptación de una ideología satisfactoria por una masa de ciudadanos del Estado y, más aún, de la capacidad del Estado para ejercer la fuerza física. El estadista siempre trata de cumplir sus finalidades diplomáticas con otros Estados al través de los medios más fáciles, que van desde la exhibición de símbolos, como las visitas de los reyes, hasta la propaganda, los argumentos, etc., pero que tienen que contar, en último análisis y en nuestra forma particular de civilización, con la necesidad de recurrir a la fuerza. El punto queda muy bien expresado en la famosa definición de Clausewitz: “La guerra no es otra cosa que la continuación de las relaciones políticas con la mezcla de otros medios.”³²

En otras palabras, en los conflictos entre los Estados, cuando los argumentos y medios pacíficos de persuasión fallan, el uso de las medidas bélicas es el recurso final. Mientras que la diplomacia es el arte de conservar las relaciones y ajustarlas por medios amigables, la guerra

31 Bertrand Russell, *Power*, New York. W. W. Norton, 1938, 12.

32 Karl von Clausewitz, *On War*. London, 1911, I, 2; III, 121.

es el argumento final en nuestro orden social internacional. Es una parte inseparable del sistema del Estado moderno, motivado por las ideologías dominantes del Estado en nuestra moderna civilización.

Pacifismo, versus militarismo.—El deseo de la mayoría de los seres humanos de que se abole la guerra o por lo menos de que se la limite en su poder destructivo, no es otra cosa, sociológicamente, que la insistencia en que los conflictos sociales que se ventilan actualmente a través de la guerra moderna, se reduzcan, con la eliminación de la fuerza física, a discusiones de mesa redonda o que el uso de esta fuerza sea empleada solamente por un gobierno internacional.³³

Experiencias con el "Gobierno Internacional" El Estado alega que debe tener el monopolio en uso de la fuerza para la resolución de las situaciones difíciles dentro de sus fronteras. De ahí que, para controlar la fuerza entre los Estados, el propio Estado resulte un instrumento muy defectuoso. El mundo lucha ahora con el problema de cómo desarrollar una institución o complejo de instituciones capaces de ejercer dicho control. La tendencia de la tecnología actual con sus proyectiles teleguiados y con las bombas atómicas que ya van saliendo de la infancia — ha hecho que el problema resulte de una gran urgencia. Ha producido una abundante literatura que trata del ideal de un gobierno internacional desde todos los ángulos posibles.³⁴

El sueño de la paz mundial impuesta por la fuerza tiene una larga y honorable historia; aunque el prototipo ofrecido por alianzas antiguas, tales como la Liga Egea y que se prolongó hasta la política internacional del siglo XIX floreció principalmente en el terreno de las ideas.

Fue parte del gran designio de Enrique IV de Francia y de su ministro Sully; Rousseau lo incluyó también en su proyecto de Paz

33 El punto de vista pacifista queda bien resumido en varios folletos, del The Pacifits Research Bureau (1201 Chestnut St. Filadelfia, 7 Penna (tales como el Theodore Paullin *Introduction to Non Violence*, Filadelfia, The Pacifits Research Bureau, 1944).

34 Entre muchos libros, ver: F. S. Dunn, *Peaceful Change* (New York, Council of Foreign Relations, 1937); Hans Heymann, *Plan for Permanent Peace* (New York: Harper and Brothers, 1941); J. T. Shotwell, *The Great Decision* (New York: The MacMillan Co., 1944); J. B. Harrison and others, *If Men Want Peace* (New York: The MacMillan Co., 1948); R. B. Perry, *One World in the Making* (New York: Current Books, 1945); Quincy Wright, *The Causes of War and the Conditions of Peace* (New York: Longmans, Green, 1935); Paul McGuire, *Experiment in World Order* (New York: W. Morrow & Co., 1948); Norman Angell, *The Steep Places* (New York: Harper and Brothers, 1948).

Perpetua. William Penn, también era partidario del mismo. Al igual que el abate Saint Pierre. Pero no fue sino hasta 1815 cuando el genio reaccionario del Príncipe de Metternich, dio fruto en lo que se ha llamado con razón la “Maldita alianza”, en la cultural policía internacional fue realmente sometida a la prueba de la acción.

Entonces lo mismo que en la Segunda Guerra Mundial, un dictador trató de conquistar a Europa y falló. Las potencias victoriosas de Rusia, Prusia y Austria se reunieron para conservar la paz de la fuerza.

Conservaron la paz de Europa centro oriental durante unas cuantas décadas, y, con ella, el *statu quo*. Por cuanto la conservación de este *statu quo* imperial significa ahogar cualquier intento liberal desde el principio, la Alianza no pudo resistir al surgimiento del fervor liberal de Europa, en 1848, tanto Italia como Francia se libraron de su yugo, la revuelta se extendió por Austria y Alemania, y el príncipe de Metternich que durante 33 años había sido la mente directora de la Alianza, tuvo que huir en su país: la “Alianza Maldita” había terminado. Sin embargo, su influencia en la mente de los hombres perduró; pues este uso despótico de la fuerza internacional por un grupo de vencedores, dio al ideal de la política internacional una aureola de horror que duró durante todo el siglo XIX.

Mientras tanto, la marina inglesa, con la ayuda primero de Francia y después de los Estados Unidos de América y de otros, comenzó a patrullar el mundo por su cuenta. En México, Chile y Argentina, en Navarino y en Grecia, en Dulcigno sobre el Adriático y en Peking durante la rebelión Boxer, contra los piratas bárbaros y contra los piratas del lejano oriente, Inglaterra y otras potencias usaron la fuerza o la amenaza de la fuerza para conservar la paz.

La paz conservada así protegía en cada caso sólo intereses nacionales de las potencias interesadas, y era natural que las acciones de fuerza se ejercieran en contra de grupos demasiado débiles para luchar. Pero, esta fuerza de policía principalmente naval no pudo impedir una gran explosión, esta gran explosión fue la segunda guerra mundial. De la oruga de la guerra al través de Versalles salió a la vida esa hermosa mariposa que fue la Liga de las Naciones. Los ardientes apologistas de la Liga, que aun existían hasta 1946, insistían en que su principal propósito no era el de detener la guerra una vez que habían alcanzado o pasado su punto álgido, sino el de promover la cooperación internacional; “Un sitio para hablar”, es la forma en que describe a la Liga, uno de sus miembros supervivientes, Sir John Fischer Williams.

La Debilidad de la Liga de las Naciones.—Sin embargo, no hay duda de que la Liga fue presentada a los pueblos del mundo, aunque rechazada por el Senado de los EEUU, principalmente sobre la base del Artículo 16 de sus Estatutos que claramente contemplan la prevención de la guerra por el uso de la fuerza militar. El triste fracaso de la Liga y de sus miembros, que nunca pudieron recurrir a la fuerza, la convirtieron en el hazmerreir del mundo, mucho antes de la segunda guerra. Su fuerza consistía precisamente, según sus estatutos, en las fuerzas armadas de sus miembros, que podían mandar alrededor del mundo con bandera internacional.³⁵

Aunque el uso de la fuerza militar, de acuerdo con el Art. 16 no tenía el propósito de ser obligatorio, ninguna obligación escrita en un documento podía haber forzado a las naciones miembros, en contra de su voluntad a llamar a ejércitos y a sus armadas para detener la agresión. Y ninguna obligación escrita en un documento podía haber forzado a las naciones miembros, en contra de su voluntad, a llamar a un ejército o armada de la Liga en caso de que este hubiera existido. La Liga de las Naciones se negó a emplear los dientes, sencillamente porque las dos naciones que dominaban en ella no querían usarlos. Estas naciones eran Gran Bretaña y Francia. Los políticos europeos llegaron a creer que la Liga no era otra cosa que un instrumento más de Inglaterra y Francia para lograr el equilibrio de poder, una creencia que fue innoblemente confirmada por el pacto Hoare-Lavel, que le dejó a Mussolini manos libres en Etiopía y puso un final efectivo al solitario esfuerzo de la Liga para aplicar, no sanciones militares, sino económicas contra el agresor.

Así pues, los mayores esfuerzos que había presenciado el mundo hasta entonces para el establecimiento de una policía internacional efectiva resultaron inútiles por haber quedado sin respuesta dos cuestiones; 1.—¿quién da las órdenes originales? 2.—¿qué clase de órdenes? Problemas son estos mucho más arduos que las cuestiones de la estructura, la mecánica y la formación de la propia fuerza de policía. Pero, los problemas mecánicos tienen entusiastas planeadores que no deben ser ignorados.

Esquemas de policía internacional.—Hablando en términos generales, los esquemas de policía internacional, se han presentado dentro de tres moldes básicos: 1.—Una fuerza de policía formada exclusivamente por

35 Joseph S. Roucek, "The League of Nations: What it is Today", *Social Science*. XIII. Julio, 1938, pp. 208-15; F. P. Walters, *A History of the League of Nations*. New York: Oxford University Press.

unidades militares nacionales que, o bien toman órdenes directamente de un jefe internacional o reciben estas órdenes indirectamente a través de sus propios gobiernos nacionales que actúan como agentes de la autoridad internacional. Este fué el modelo de la Liga de las Naciones, que fracasó. Este fué el modelo, si es que hay alguno, que se incorporó nuevamente a la organización de las Naciones Unidas en las provisiones referentes al Consejo de Seguridad. El Consejo tiene el poder de investigar las disputas entre los Estados, y tiene la responsabilidad primaria de mantener la paz en el mundo. Los miembros deben buscar la solución de las disputas por medios amistosos. En caso de que el Consejo no logre una solución pacífica, puede decidir que existe una amenaza bélica y tomar la decisión necesaria para conservar la paz. Esto se logra a través del Comité Personal Militar en el cual sólo están representadas las cinco grandes potencias, que son los miembros permanentes.

Pero la falla se puede encontrar en la condición que estipula que las medidas para imponer la fuerza solamente pueden tomarse en el Consejo y por unanimidad de votos. Así, con un voto negativo, cualquiera de las cinco grandes potencias puede impedir que el Consejo de Seguridad tome ninguna acción contraria a la opinión de los Estados que oponen su voto, o contraria a otros Estados. (Artículos 23-32)

2. Otro conjunto de proposiciones habla de una policía mundial que consiste en una fuerza verdaderamente internacional, reclutada en diferentes naciones de ellas y que, por lo menos en teoría, no está obligada con ninguna de ellas. Evidentemente esta fuerza debería tener la potencia de Sansón o, si no, su establecimiento tendría que ligerarse con un programa de desarme nacional.

3. Otro grupo de proposiciones habla de la policía mundial que sería una combinación de los dos anteriores, con una fuerza internacional, suplementada por ejércitos y marinas nacionales como reserva. Este es el tipo de plan que utilizarán las Naciones Unidas.³⁶

Es evidente que muchos de los que hacen planes para la paz han caído en la fácil trampa de suponer que una fuerza de policía mundial,

36 Para más detalles, ver: Howard Robinson *et al*: *Toward International Organization*: (New York: Harper & Brothers, 1942); Myron M. Johnson, *The League: A Review of American Foreign Policy* (Boston: House of Edinburgn, 1946); Joseph Barlow Harrison & others, Eds., *If Men Want Peace* (New York: The MacMillan Co., 1946); Ralph Barton Perry, *One World in the Making* (New York: Current Books, 1945); H. E. Davis, Ed., *Pioneers in World Order* (New York: Columbia University Press, 1944); G. J. Mangone, *The Idea and Practice of World Government* (New York: Columbia University Press, 1951); etc.

muy cuidadosamente constituida, podría conservar la paz por sí misma. Puesto que todos los policías actúan solamente de acuerdo con sus órdenes, el problema del gobierno mundial del cual se supone que recibiría órdenes la fuerza de policía mundial, es, en realidad el centro del asunto.

Las Debilidades de las Naciones Unidas.—Sin entrar en los detalles de la Carta de las Naciones Unidas que todo el mundo puede conocer, hablaremos de uno de sus principales defectos. Este defecto surge del hecho de que, tal como está constituida actualmente, la unión es un conjunto de Estados en cada uno de los cuales conserva su absoluta soberanía nacional y su independencia política total. Toda la historia pasada demuestra que la guerra es el resultado final de las relaciones de los Estados que tienen igual soberanía y que ejercen poderes ilimitados de soberanía, sin tener en cuenta la seguridad colectiva internacional, la no agresión, la mediación o los pactos de arbitraje o cualquier organización formada para facilitar el arreglo pacífico de las disputas y conflictos.

Otra debilidad fundamental de la Carta radica en el derecho que tiene cualquiera de las grandes potencias para imponer su voto a cualquier investigación formal o acción del Consejo que le parezca bien. Es evidente que ningún país va a votar contra sus propios intereses, de ahí que el voto unánime de estos miembros permanentes requerido para cualquier asunto en que se necesite tomar acción directa, nunca se logrará, si la decisión afecta adversamente a cualquiera de ellos. Así pues, la Carta no hace mas que prolongar el conflicto entre la autodeterminación nacional y la total independencia económica del mundo.³⁷

La Guerra y la Bomba Atómica.—La suerte que corrieron Hiroshima y Nagasaki ha puesto de relieve el peligro monstruoso a que se enfrenta la humanidad, a menos que encuentre pronto el camino para lo-

37 John MacLawrin, *United Nations and World Politics*. New York: Harper, 1951); F. S. Dunn, *War and the Minds of Men* (New York: Harper, 1950); A. Vandenbosch & W. Hogan, *The United Nations: Background, Organization, Functions and Activities* (New York: McGraw-Hill Book Co., 1952); W. P. Chase, *The United Nations in Action* (New York: The McGraw-Hill Book Co., 1950); Reinhold Neiburh, "The Theory and Practice of UNESCO", *International Organization*, iv, 1 (February, 1950), 3-11; Emery Reves, *The Anatomy of Peace* (New York: Harper, 1945); Carl Marcy & Francis O. Wilcox, "Congress and the United Nations", *Foreign Policy Reports*, xxvii, 5 (May, 15, 1951); *Revision of the United Nations Charter*, Hearings before a Subcommittee of the Senate Committee on Foreign Relations, 81st. Cong., 2nd sess. (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1950); etc.

grar una paz permanente. Desde que estalló la bomba atómica y se conoció esta fuerza, innumerables personas han levantado su voz para advertirnos del peligro de aniquilación que amenaza a la humanidad a menos que las perspectivas del hombre en relaciones internacionales vayan de acuerdo con el progreso científico que puede tener una potencialidad destructiva total.

Esta advertencia ha sido lanzada no sólo por líderes educativos, como el presidente Hutchins, de Chicago, sino también por los propios sabios, que están alarmados como Franksteins ante sus propias creaciones. Lo mismo que el resto de la humanidad, son muy pocos los sabios que han tomado un verdadero interés en los asuntos mundiales, pero ahora se dan cuenta de que el progreso moral del hombre no está de acuerdo con los aspectos mecánicos del progreso científico, lo cual da por resultado que estos últimos conduzcan lenta, pero seguramente al aniquilamiento de la especie humana.³⁸

Se han hecho muchas proposiciones dirigidas al dominio político de la bomba atómica. Al discutir estas proposiciones, aceptamos la premisa de que la bomba atómica es un arma de potencialidades sin precedente, de que, por lo pronto, no existe una defensa tecnológica efectiva contra ella y de que, tarde o temprano, todos los grandes países tendrán en su poder bombas atómicas.³⁹

La energía atómica y la política exterior estadounidense.—Una característica curiosa de la mente común la constituyen los problemas políticos surgidos con el descubrimiento de los medios para libertar la energía atómica, porque están compuestos de elementos inherentemente contradicto-

38 George C. Holt, "The Conference on World Government", *Journal of Higher Education*, xvii (May, 1946), 227-235); Robert D. Potter, *The Atomic Revolution* (New York: Robert M. McBride, 1946); Harrison Brown, *Must Destruction be Our Destiny?* (New York: Simon and Schuster, 1946); *Report of a Conference on United States Proposals for the International Control of Atomic Energy* (San Francisco: Exploratory Committes for an Inter-Organizational Council on World Affairs, 1946); President's Air Policy Commission, *Survival in the Air Age* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1948); A. J. Coale, *The Problem of Reducing Vulnerability to Atomic Bombs* (Princeton University Press, 1947); J. A. Gavin, *Airborne Warfare* (Washington, D. C.: Infantry Journal Press, 1947); W. F. Ogburn, *The Social Effects of Aviation* (Boston: Houghton, Mifflin Co., 1946); Lord Tedder, *Air Power in War* (London: Hodder & Stoughton, 1948).

39 Joseph S. Roucek, "Geopolitics and Air Power", *Air University Quarterly Review*, v, 3 (Fall, 1952), pp. 52-73; Charles J. V. Murphy, "The State of the Armed Forces", *Life*, xxx, 10 (September 2, 1946), pp. 96-108.

rios. Se acepta generalmente que sólo podemos aprovechar los beneficios potenciales de la energía atómica, al través de una acción internacional; pero también se acepta que sólo por medio de la acción internacional podemos encontrar seguridad en contra de la bomba que tiene posibilidades destructoras tan fantásticas. De ahí que si la "bomba es la punta más aguda del internacionalismo, también debe ser el mejor recordatorio de que la política exterior estadounidense no debe perder de vista que la seguridad americana está en mayor peligro que nunca" ⁴⁰ Además, la bomba proporciona la mayor tentación para la agresión que nunca se haya ofrecido a un pueblo ambicioso o a un líder sin escrúpulos, y contra ella las formas tradicionales de defensa resultan claramente inadecuadas. Estos hechos dan por resultado diversas conclusiones que pesan sobre nuestra política exterior. ⁴¹

Puesto que solamente el uranio y el thorio pueden usarse como materias primas para la producción de la energía o de la bomba atómica y puesto que el uranio es indispensable, el problema de controlar la energía atómica, al través del control del número bastante limitado de sitios en que puede encontrarse este mineral (Brasil, el Archipiélago malayo, Australia y los Estados Unidos producen thorio, y el uranio puede encontrarse en los EE. UU., Canadá, Congo Belga, Checoslovaquia y posiblemente en Rusia), puede hacer factible la vigilancia internacional. Pero esto dará también por resultado violentas luchas de competencia por la posesión de los depósitos más ricos.

No podemos contar con una defensa técnica directa en contra de la bomba atómica, pues, virtualmente, las únicas defensas que pueden considerarse por el momento son indirectas, (tales como esconder las instalaciones vitales a una profundidad de por lo menos 500 pies bajo tierra, o la dispersión de las poblaciones urbanas). Pero ninguna de esas soluciones es completamente práctica; podríamos caer en el tipo de defensas territoriales que eran útiles en el pasado: un sistema de bases insulares en torno del mundo y una "zona de seguridad" formada por naciones vecinas leales. Pero, el alcance y la velocidad de las armas atómicas, reduce el valor de protección de estas defensas geográficas.

De todos modos, la bomba es el arma ideal para un agresor. Es efectiva sobre una amplia área, más barata que cualquier otro instrumento de

40 Carul P. Haskins, "Atomic Energy and American Foreign Policy", *Foreign Affairs*, xxiv (July, 1946), 591-609.

41 Haskins, *op. cit.*, 596-99.

destrucción, y será utilizada efectivamente por la nación que se decida a emprender una guerra agresiva; además de que hay que tomar siempre en cuenta el elemento de sorpresa del ataque.

Medidas para un control internacional.—Estos hechos han convencido a muchos especialistas de que hay que establecer una reglamentación internacional de la energía atómica, en forma absolutamente necesaria. Estas proposiciones pueden agruparse, de acuerdo con los siguientes encabezados: *primero*, declarar a la bomba “fuera de la ley”, lo cual resulta una solución completamente irreal hasta que la guerra misma logre ser abolida, y *segundo*, renunciar por completo al desarrollo de la energía atómica, que es otra proposición irreal, pues ninguna nación puede estar segura de que las demás efectivamente renuncien.⁴² En este aspecto, es posible que el elemento que más influya sobre las decisiones del agresor sea la posibilidad de las represalias.

¿Qué alternativas hay?—Una vez desechados estos dos caminos ¿qué alternativas quedan? Es evidente que no debe haber producción, manufactura o almacenamiento de materiales potencialmente explosivos y fisiónables, como no estén bajo un control internacional efectivo, además, se deben abarcar totalmente las posibilidades industriales y científicas de la fisión atómica empleada con propósitos pacíficos. Pero, es evidente que ninguna nación entregará el secreto de sus actividades privadas hasta que se cumpla la primera de las condiciones, y la segunda no puede lograrse hasta que los principales sabios del mundo en el terreno atómico, puedan cambiar información libremente, de acuerdo con la mejor tradición científica.

La reconciliación de estos dos objetivos contradictorios presenta un problema terrible: las dificultades que abarca consisten en delegar una parte considerable de la soberanía nacional, tener una fe profunda en el internacionalismo, y formar un sistema de inspección efectivo que revele si la energía atómica se desarrolla con propósitos pacíficos o bélicos.

Regresamos así a la única posibilidad que queda: la necesidad de un control internacional ejercido por una organización internacional, por un gobierno mundial en la forma de una confederación. Entre los miembros de dicha confederación, la guerra quedaría excluida y así el mundo quedaría más tranquilo con respecto al peligro de una destrucción atómica.

El Estado mundial, de acuerdo con la mayoría de dichas proposiciones,

42 Stefan T. Possony, “The Atomic Bomb: Political Hopes and Realities”, *Review of Politics*, VIII (April, 1946). 147-67.

quedaría superimpuesto sobre los Estados existentes. Todos los países conservarían el derecho de manejar sus propios problemas internos, de conservar su sistema económico y social, de elegir la estructura de su gobierno. Los Estados individuales, por decirlo así, solamente perderían su política exterior y sus fuerzas armadas.

Pero también hay que hacer notar que las diferencias en los intereses económicos, las estructuras gubernativas y las ideologías domésticas se encuentran precisamente entre las causas más importantes de la guerra. Si un país conserva el control sobre sus asuntos domésticos, es también capaz de armarse secretamente. ¿Cómo ha de ejercerse vigilancia e inspección sobre las diversas actividades del Estado, en una forma internacional?, este es un gran problema. También hay que hacer notar que un gobierno confederado superimpuesto sobre otros Estados que conservan sus respectivos gobiernos y constituciones, resulta impotente. Sus órdenes y resoluciones son leyes solamente cuando son confirmadas por todos los Estados miembros. A su vez, estas leyes, resultan impotentes para obligar a los Estados a cumplirlas. Si se ordenara que una fuerza de policía internacional se moviera contra una potencia ofensora, ¿quién daría las órdenes para que avanzara? También es muy probable que tuvieran que librarse guerras para obligar a los países recalcitrantes a aceptar una confederación mundial. El uso del poder de veto que tiene la URSS ¿no es un ejemplo de este espíritu contradictorio?

En resumen, la federación mundial, el gobierno internacional y la fuerza de policía internacional podrían llegar a ser una solución para estos problemas. Pero una federación mundial no puede establecerse de un día para otro; el control internacional atómico tampoco puede hacerse seguir simplemente tocando la pared. Debe construirse eslabón por eslabón e ir reuniendo el poder a través de su desarrollo.

¿Es ya tiempo?—Aunque no hay una solución política inmediata para el problema atómico, no se sigue de ahí que la tercera guerra mundial resulte inevitable. “Una de las mejores formas de producir pánico es la repetición continua del lema “el tiempo pasa”.⁴³ Se nos dice constantemente que no tenemos más que unos cuantos días o unos cuantos meses para reorganizar el mundo. Sin embargo, de hecho, es improbable que otras potencias produzcan bombas atómicas dentro de poco tiempo, no porque el principio de la bomba sea un secreto, sino porque la producción atómica en gran escala requiere una potencialidad cuantitativa y cualita-

43 Possony, *op. cit.*, 163.

tiva de gran magnitud. ¿Qué puede hacerse para evitar un nuevo cataclismo? Possony presenta este problema: “Suponiendo, como argumento que, de acuerdo con el sistema que existe actualmente en el mundo, en el cual existen varios Estados soberanos, resulte inevitable una tercera guerra mundial, y que la URSS y los EE. UU. se enfrenten como las dos mayores potencias, la guerra podría evitarse si éstas dos grandes potencias militares se unen, es decir, para hablar en términos generales, si los Estados Unidos de América ceden a todas las demandas rusas, haciendo todas, pero todas las concesiones que se les pidan, o si no, con un solo golpe, si los EE. UU. adoptan una estructura soviética y se unen a la Unión Soviética. La rendición de la independencia americana y de la de Inglaterra, Francia y otras cincuenta naciones sería el precio de esta paz, en nuestra generación. No hay otra forma que pueda concebirse teóricamente, de acuerdo con la cual podamos estar seguros de evitar la guerra entre las naciones y los imperios, dentro de los próximos veinte o cincuenta años. ¡Qué los pacifistas y pacificadores a cualquier precio se enfrenten a esta alternativa y que admitan francamente que están resueltos a pagar cualquier precio y a aceptar cualquier paz! ⁴⁴

En último análisis, entonces inmediatamente en nuestro sistema de Estados nacionales y de acuerdo con la actual supremacía de tres grandes potencias, la paz tendría que preservarse por diversos medios de política exterior, dependientes del momento. Pues el ciudadano de los EE. UU. está muy lejos de algo que remotamente se parezca a un gobierno mundial federado que se apropiara de la flota americana, de sus fuerzas aéreas y que impusiera fuertes impuestos para gastar este dinero en donde le pareciera conveniente, en los más remotos extremos de la tierra, y que dictara leyes que estuvieran en conflicto con las constituciones de los EE. UU.; y si el ciudadano de los EE. UU. está lejos de encontrarse dispuesto a aceptar un verdadero gobierno mundial, no está sólo en esta actitud, pues tampoco están dispuestos John Bull, ni Juan, ni Hean ni Hans.

Duras realidades.—Estos son los tristes hechos que todos los hombres que gustan del sólido y tranquilizador de la frase “gobierno internacional” tendrán que considerar de momento.

Pero, el hecho de que no se encuentre una respuesta fácil que resuelva el problema, no significa que el problema sea insoluble. Significa solamente que requiere más estudio, que todos los pueblos que esforzarse mucho más para encontrar la solución.

44 Possony, *op. cit.*, 164-5.

El pueblo de los EE. UU. tiene que comprender que el pensamiento superficial y la preparación para formar frases atractivas e interpretaciones ilusorias de los problemas mundiales, no deben aceptarse cuando se trata de comprender la política mundial que, en último análisis, es el aspecto más brutal y realista de la existencia humana. La confusión mental fue una de las primeras armas de Hitler. Como arma del hitlerismo ayudó a llevar al mundo muy cerca del abismo; por eso es por lo que hay que evitar la confusión mental sobre la comprensión de los asuntos mundiales. Los EE. UU. necesitan comprender también que no pueden descansar sencillamente en una alianza o confederación coherentes, con servir a la democracia sólo de palabra y dedicarse a la conservación del *statu quo*. Deben encontrar un marco de referencia para el orden mundial en el que se acepte el anhelo fundamental de libertad y desarrollo, tanto para sí como para los demás.

El pueblo estadounidense tendrá que reconocer que la paz del mundo dependerá de la buena voluntad y del buen sentido de las potencias dominantes, que para los EE. UU., esto será labor continua, pues la paz sobre la tierra no puede lograrse por un solo acto de voluntad, después del cual los hombres pueden fácilmente olvidar su tarea; sólo podrá lograrse por grados y con una atención constante, Las guerras pueden olvidarse sin esfuerzo; pero la paz sólo puede cosecharse con trabajo.

El papel de la educación.—Como nación los estadounidenses están en una terrible ignorancia de los asuntos y las realidades mundiales. Pero la prensa es la más libre y la mejor informada del mundo. Pero la ignorancia de la historia, de la geografía, de la economía, las instituciones, idiomas y costumbres del resto del mundo, continúa, Así por ejemplo, generación tras generación de nuestra juventud ha sido educada en una ignorancia completa del mundo eslavo, aunque las dos guerras mundiales comenzaron directamente ahí.⁴⁵

Sólo a través de nuestra participación directa en la segunda guerra mundial, hemos adquirido el interés internacional que tenemos. Anteriormente, la educación estadounidense se había dirigido hacia el aislacionismo nacionalista. Los temas de contenido internacional, como la geografía, la historia moderna y contemporáneas, la economía mundial, los idiomas extranjeros, eran hechos a un lado en favor de los temas que producían

45 Ver: Joseph S. Roucek, "Central-Eastern Europe and America's Future" *Social Science*, XXI. Enero de 1946. 5-14. Roucek, Ed., *Central Eastern Europe*. New York. Prentice-Hall, 1946. Roucek, Ed., *The Slavonic Encyclopaedia*. New York. The Philosophical Library, 1949.

ganancia inmediata, las “ciencias sociales”, y los cursos de “civismo”, cuyo contenido generalmente quedaba restringido a los asuntos domésticos. Precisamente cuando la educación iba haciéndose más estrecha de día en día, fue cuando estallaron las bombas en Pearl Harbor. Después de que en la guerra, se tomaron medidas desesperadas para remediar las deficiencias de nuestra educación internacional. Los cursos de idiomas patrocinados por el ejército, los estudios regionales establecidas por numerosas instituciones de educación superior, fueron unos cuantos de estos pasos dados en la dirección adecuada.

Esta situación preocupa a los educadores más señalados como ha quedado demostrado en numerosas discusiones y conferencias de educadores celebradas en los últimos años. Por ejemplo, con notable unanimidad, los delegados de 30 naciones, que asistieron a la conferencia sobre educación mundial de Endicott, Nueva York, en 1946, estuvieron de acuerdo en principio, en la necesidad de enseñar la comprensión mundial, las relaciones internacionales y los medios para lograr una paz duradera. La Organización Mundial de Profesores se creó con el propósito de poner al alcance de todos, los niveles más altos de educación libre, y de fomentar la paz mundial, lo mismo que para cooperar con las Naciones Unidas y otros grupos internacionales. Entre las principales recomendaciones que surgieron de la conferencia se encuentran las que tratan de la enseñanza de la comprensión internacional. Se pidió a los maestros de todas partes que instruyeran a la juventud de sus países en el principio de que la igualdad humana es importante, y de que debe haber igualdad de oportunidades para todos. El derecho de una nación a imponer a otra su cultura fue vigorosamente negado. Finalmente, los educadores estuvieron de acuerdo en que es necesario sostener una organización internacional lo suficientemente poderosa para conservar la paz. También surgieron algunos métodos prácticos. Hicieron un llamado a los demás grupos de la comunidad para cooperar a fin de hacer posible el concepto de “un solo mundo”; propusieron que los maestros usaran el salón de clases para enseñar la comprensión internacional y señalaron que el problema más importante a que se enfrenta el mundo de la actualidad es el de crear una comprensión mutua entre todos los pueblos; sugirieron que se enseñara la historia para dar a los estudiantes un conocimiento del desarrollo de la civilización en todo el mundo, en lugar de subrayar los aspectos insignificantes de la historia nacional o conceder demasiada atención a las guerras y a las mezquinas luchas políticas. La educación universal es esencial, acordaron; el intercambio de estudiantes, jóvenes y adultos, fue recomendado como otro medio

para promover los viajes internacionales, facilitando los reglamentos de pasaportes y visas, así como removiendo otros obstáculos que ahora desaniman a muchas personas que desean ir al extranjero.

Muchas de estas proposiciones no eran nuevas, y fueron pocas las que se adoptaron, en este país por organizaciones como la Fundación Carnegie para la Paz Internacional. Pero fue oportuno haberlas sacado nuevamente a la luz, y esto demostró que pueden tomarse medidas inmediatas para resolver los problemas de la edad atómica.⁴⁶

Conclusiones.—Debido a la diversidad de opiniones existentes sobre las posibles soluciones a la guerra, es obvio que la sociología (o las ciencias sociales) no están listas para dar una respuesta final a problemas surgidos de este fenómeno social. Posiblemente nunca podamos encontrar esa respuesta final, puesto que los valores que los hombres sostienen subjetivamente sobre este problema, son, en sí mismos, hechos sociales que el sociólogo debe tomar en cuenta, y los cuales varían, como lo hemos demostrado, de una edad a la otra, de comunidad en comunidad, y de Estado en Estado. Pero, el ciudadano inteligente que se enfrenta a la necesidad de tomar una decisión o de ejecutar una acción, debe responder por sí mismo a esta cuestión, sobre la base de la mejor información disponible. Debe decidir si apoya las medidas políticas, que fomentan las relaciones amistosas, o las bélicas frente a otros países. El uso de los conocimientos existentes es esencial, y la emoción, en este proceso de razonamiento, debe reducirse a su punto más bajo. El sustituto de la guerra debe dar al país la satisfacción que no se logra con la guerra.

46 El Presidente Truman firmó la proposición del senador J. W. Fulbrigh autorizando un gasto de 20 millones de dólares destinado a: 1) financiar estudios de jóvenes americanos, especialmente soldados, en las universidades extranjeras, y 2) pagar los gastos de transporte de los estudiantes extranjeros a los EE. UU. para estudiar aquí. Se estableció una cuota anual de dos millones y medio para cada país. De acuerdo con este esquema, los estudiantes extranjeros pagaban el excedente de sus gastos en su propia moneda, en vez de en dólares. El mejor testimonio de este plan se tiene en los informes de lo que hicimos después de la rebelión Boxer. De los 25 millones de dólares que pagaron los Estados Unidos, 16 millones se utilizaron para financiar los estudios de estudiantes chinos en este país, con el resultado de que miles de líderes chinos en la política y en la industria, actualmente, no sólo comprenden a los Estados Unidos de América, sino que son pro-americanos.